

teológicas basadas en una religión falsa, promesas y adivinaciones siempre absurdas y conceptos adaptables á diversas situaciones, olimpos repugnantes donde se hacía alarde de inmoralidad, todo se vió destruido cuando la ciencia filosófica comenzó á desarrollarse, buscando en la naturaleza, interpretada á su placer, pruebas más tangibles para derribar aquellas utopías.

A la fundación de Bizancio, 638 años antes de Jesucristo, principia la era de los filósofos griegos. La poesía se constituye sobre las sentencias de los siete sabios. Thales de Mileto, que había recorrido el Egipto, sistematiza el espíritu de reflexión, para que pueda adquirir un verdadero desenvolvimiento filosófico. La filosofía y la historia encuentran en las teogonías, tanto religiosa como poética, sus fuentes naturales; la mística cede el campo á la ciencia de la naturaleza, cuyos primeros destellos se reflejan en los escritos de Fhericide. La era de los filósofos vino á terminar con la batalla de Queronea.

Empero, la filosofía, apenas salida de la cuna, se vió aprisionada por el espíritu de discusión. Los unos, continuando en la poesía lírica, elevaron el alma á las regiones empíreas, fundaron el método racional y crearon una aristocracia sublime y vaporosa. Los otros conocieron también el poema épico, se consagraron á la observación de los hechos y fueron el origen de una democracia ambiciosa, la cual partió del sentimiento íntimo y rindió á la materia un culto absoluto y real.

De aquí nacieron dos sistemas opuestos, que ambos pretendieron buscar la *verdad*. Eran dos escuelas antagonistas y contradictorias que se constituyeron en sabios Mentores, y de ellas emanaron otras varias sectas, las cuales, partiendo de un mismo centro, la *naturaleza*, siguieron cada una en sus investigaciones diferente rumbo.

He aquí como explicamos el descrédito de los vaticinios, las hechicerías y los encantamientos, el indiferentismo de Atenas y las exageradas supersticiones de los falsos sacerdotes.

De aquellos dos sistemas, nacieron las dos escuelas con tendencias opuestas; eran la representación genuina de añejas rivalidades. La *escuela dinámica*, el naturalismo jónico, y la *escuela mecánica*, el idealismo itálico. Thales de Mileto, quizá uno de los primeros sabios de Grecia á quien se pudo distinguir con el título de filósofo, decía que «Dios era lo más grande de todo cuanto existía, porque era increado... El mundo, añadía, es lo más bello que puede concebirse, porque es obra de Dios... Este Dios es una cosa sin principio ni fin.» Sin embargo, Thales fué el primer dinámico, y su discípulo Anaximandro sostuvo la mecánica; Anaxímenes entroniza de nuevo la física dinámica y sus discípulos. Anaxágoras y Diógenes de Apolonia, el primero es mecánico y el segundo dinámico.

Digno es de dejar aquí consignado, que 600 años antes de la venida del Redentor del mundo, Thales de Mileto conocía la redondez de la tierra, que, tal vez, aprendiera en el Bhágavata Purána de los indios. También dió á conocer la oblicuidad de la eclíptica, y Anaximandro, la esfera armilar, los cuadrantes solares y el gnomon... Esparta y Atenas, siempre en lucha incesante; Demóstenes, con su elocuencia, veía con placer las desgracias que afligian á su



Homero.

rival, y alentaba el entusiasmo de los guerreros contra Filipo; la pérdida de la batalla de Queronea aumentó la malquerencia y los amortiguados rencores.

La escuela jónica empleaba el método inductivo; buscó en la naturaleza un sér creador, y destruyó, quizá sin advertirlo, la multiplicidad de los dioses de Homero, contra la conciencia y el sentimiento encarnado en el pueblo. Esta escuela aceptó por principio fundamental, *que nada ha sido engendrado de la nada; lo que no existe, no puede recibir la existencia por ninguna causa*



posible, con cuyas proposiciones vino á establecerse el materialismo filosófico, y, tal vez, en ella está el origen de la escuela darwinista de nuestros días.

Anaximenes conocía ya la forma gaseosa, y Anaxágoras, al rechazar como principios naturales el agua, el aire, el fuego y el infinito, presentó la idea de la heterogeneidad de la materia, la de las moléculas, y se elevó á una inteligencia reguladora, con la cual explicó el mundo con sus diferentes evoluciones.

Mas si la escuela jónica creyó encontrar el origen del mundo en el agua y en el espíritu motor; si los dogmas y opiniones sagradas fueron sustituidos por la reflexión y el estudio, discutiendo las proposiciones dentro la conciencia individual; si las sectas que de aquella escuela tomaron nacimiento, proclamaron el fuego y el aire ó la lucha entre los cuatro elementos, para que sus creencias adquiriesen un carácter científico; no faltaron, en verdad, otros pensadores de la escuela itálica, más meditabundos y escrupulosos, que notaron el error, y elevándose á la región sublime de las ideas, establecieron como creencia fundamental y dogmática, *que existía un principio increado superior á las sensaciones y á los fenómenos.*

La filosofía idealista se levantó majestuosa entre las colonias griegas, y siguiendo las teorías teológicas y metafísicas del Oriente, buscó en el principio universal y en la deducción, el punto de partida de sus creencias especulativas.

Pitágoras aparece sobre la arena filosófica como un poderoso atleta; establece en Crotona su escuela y aspira á perfeccionar el sentimiento religioso, la moral y la política. Filósofo, legislador y profeta, pretendió que sus discípulos, auxiliados de las legislaciones de Zeleucus y Charondas, recogiesen con abundancia los ópimos frutos de sus estudios y meditaciones sobre el ya cultivado campo de la poesía y de la elocuencia. La escuela médica de Crotona contribuyó eficazmente á los adelantos de los pitagóricos.

El nuevo reformador quiso establecer los cimientos de una sociedad nueva, y para ello consideró á la naturaleza como el emblema de un ideal invisible, que se revelaba en el alma por medio de fenómenos tangibles, bajo el dominio de los sentidos. La idea universal y la unidad absoluta, fueron para el filósofo innovador, el punto de partida de donde salió la idea sobre la limitación de lo imperfecto y la dualidad de lo definido. La ciencia verdadera se halla, pues, en el Ser inmutable, el sentimiento es el origen de los deseos y la inteligencia la emanación del alma inmortal, la cual sirve para regularizar los pensamientos y las acciones. Pitágoras se presenta ante la posteridad como el punto medio entre el Oriente y el Occidente, como un místico conciliador entre los misterios y los mitos de los sacerdotes y la oscuridad simbólica de la aristo-

cracia dórica. Parecía que la filosofía de los brahmanes se había reproducido bajo el poderoso influjo de tan ilustre como desgraciado maestro.

Las dos esencias increadas y eternas, según este filósofo, esto es, el espíritu y la materia, sirvieron para explicar todos los fenómenos de la sensibilidad, de la inteligencia y del sentimiento; y tomando por base la tradición del reino humano, buscó en la palabra y en la historia la idea primera de Dios.

Esta escuela aceptó también la redondez de la tierra y del sol, la oblicuidad de la eclíptica, la existencia de los antípodas y supo apreciar las causas de los eclipses de luna y de sol; admitía que el sol está colocado en el centro del Universo, alma cósmica, de la cual participa toda la creación. Pitágoras, si bien conoció muchos problemas de geometría, se valió de la aritmética para sus cálculos.

Desgraciadamente los discípulos de tan eminente maestro, caminando por las regiones etéreas del espíritu, se vieron arrastrados por la pendiente del panteísmo; mientras que los sectarios de Thales olvidaron la intencion moral y marcharon de las partes al todo, precipitándose con loco frenesí á un ateísmo desconsolador.

La escuela pitagórica, después de haberlo divinizado todo, dió á la inteligencia un carácter numérico y al número una existencia intrínseca y real. Chilos y sus secuaces la persiguieron sin descanso hasta que alcanzaron que sus colegios fuesen destruidos, dispersados los discípulos y víctima el filósofo del furor popular. Para el señor Draper, los adelantos y progresos de la inteligencia hallaron fuerte oposición en los dioses del Olimpo, sostenidos por la raza sacerdotal. Para nosotros, fué simplemente la lucha de partidos, porque el sacerdocio ya no ejercía la influencia de otras épocas.

Del seno de la escuela pitagórica nacieron los *eleáticos*, cuyo nombre recordaba una pequeña ciudad de Italia llamada Elea. Esta nueva escuela dió á la física poca importancia y miró con indiferencia la metafísica, concediendo especial predilección á la dialéctica. Jenófanes, su fundador, atacó de frente la mitología y el antropomorfismo, aceptando, como axioma fundamental, *que del no ser se puede pasar al ser*; y al propio tiempo probó la existencia divina por medio del principio de causalidad. Parménides distinguió la razón del fenómeno, y Zenón, extendiendo los horizontes de la dialéctica, se elevó á un idealismo exagerado que le condujo al *escepticismo*, lo cual perjudicó los progresos de la ciencia.

Los eleáticos distinguieron la idea, de la cosa sensible, y negaron el realismo empírico; de aquí resultó la escuela *atomista*, á cuyo frente se colocaron Leucipo, Heráclito y Demócrito. La escuela de Elea se resume en un panteísmo dialéctico y un atomismo mecánico.



En la escuela atomista se reemplaza la unidad por la infinita pluralidad, dejando vislumbrar la aplicación de la filosofía materialista á la moral. Demócrito concedió á los átomos pesantez, y no admitió que la materia pudiera dividirse al infinito; enseñó la teoría de los torbellinos, que representa una hipótesis mecánica insuficiente para explicar el sistema planetario.

Heráclito considera el espacio en toda su inmensidad, provisto de un fluido



Demócrito.

muy sutil, que distingue con el nombre de fuego ó *halito caliente*; todo cuanto existe, dice, proviene de este agente misterioso, el cual experimenta diferentes metamorfosis y vuelve á su seno porque los átomos son eternos. El positivismo de nuestros días encuentra en Demócrito y Heráclito, sus naturales y verdaderos fundadores; aquí encontrarán los transformistas á sus genuinos maestros.

Phylon en el libro *De la sabiduría*, dijo: que en la naturaleza todo estaba

sujeto á *peso, número y medida*. Pensamiento sublime que forma la base de la química moderna, que han enaltecido los materialistas contemporáneos, y, sin embargo, pertenece á Salomón, estando consignado en el libro de la Sabiduría. (*Cap. XI, ver. 21*).

Tres siglos antes de la Era cristiana, Epicuro aceptó la actividad de los átomos, y esta teoría, que hoy está en boga, es la que sirve para explicar los grandes fenómenos de la naturaleza. En ella Dios no existe, la Providencia es una quimera y el alma humana un delirio ó un sarcasmo. Todo es debido al *acaso*, la materia es increada y eterna. Hoy todo cede á las causas constantes, y á las lentas y pausadas metamorfosis; el orden cósmico procede y sigue sus movimientos con arreglo á una ley matemática. El mundo de lo infinita-



Epicuro.

mente grande, da una idea del mundo de lo infinitamente pequeño. ¡Cuántos errores y cuántos delirios! Epicuro fué un sensualista delirante.

Un número infinito de átomos, dice el positivismo, sujetos á la ley de la inercia, moviéndose constantemente en el espacio, materia ponderable y éter con su núcleo y su atmósfera etérea y condensada por virtud de la atracción central, donde se verifican sin cesar, choques en todas direcciones, de los cuales resultan movimientos de rotación y de traslación que dan nacimiento á las nebulosas, á los astros, á los planetas y cometas; en una palabra, al gran sistema evolutivo del Cosmos. En este agregado de los átomos, añaden, se pasa de lo imperfecto á lo perfecto de un modo paulatino é insensible por medio de transiciones imperceptibles, de donde resultan tres génesis: la de los elementos, la de las plantas y la de los animales, hasta el grado más perfecto y acabado de la organización representado por el hombre.



Tales son las hipótesis del racionalismo científico de hoy, que se han buscado en el epicureismo de hace veinte y dos siglos y de las cuales nos ocuparemos á su tiempo, porque nuestro atomismo, á la verdad, no es materialista. En esta escuela están afiliados algunos hombres ilustres y respetables; esta hipótesis, apesar de su audacia y de sus errores, no explica todos los fenómenos conocidos. Hoy viene á complicarla la noción de la idea *fuerza*, como ente imaginario, las corrientes electro-telúricas, los movimientos de atracción y repulsión de la materia ponderable y de sus atmósferas y las fuerzas ocultas como la *fuerza vital*. El atomismo de Epicuro, Lucrecio y Gassendi no es el atomismo del siglo XIX, tal cual debe comprenderse y tiene la química aceptado.

Aquellas doctrinas en lucha siempre abierta, y antagonistas en sus primordiales elementos filosóficos, introdujeron la duda para que la vacilación se apoderase de los ánimos. La intuición buscó por guía la calma, y la lógica vino en apoyo de la inteligencia. De aquí tomó vuelo otra escuela llamada *sofista*, dirigida por Gorgias de Leocio y Protágoras.

Siempre en opuestos bandos, unos combatieron las ideas y otros las sensaciones. La admiración, como dijo Aristóteles después, engendra la filosofía, y mientras el supersticioso acepta las maravillas y admira lo que no alcanza á comprender, la ciencia destruye la superstición. La razón se eleva hasta el principio de un Ser infinito y real, y el estudio psíquico sirve de punto de partida á los progresos de la humana inteligencia. La eternidad de los corpúsculos indivisibles se proclamó por aquellos pensadores como axioma, y los *sofistas* y *retóricos* entraron en el palenque científico, aumentando el número de los contendientes.

Las doctrinas de Tales y Pitágoras habían servido de faro á la escuela de Cos, donde vinieron á fundirse las de Crotona y Gnido.

La filosofía entre los griegos, deseando estudiar la naturaleza, se hizo en ciertas ocasiones impía y atea, y remontándose á la sublimidad de la razón, fué panteísta. Queriendo armonizar lo sensible con lo suprasensible, engendró la duda y el escepticismo. Parecía que las pasiones desencadenadas en todos aquellos sabios ofuscaban la razón, hacían vacilar la marcha de los conocimientos humanos, y el desbordamiento de la inteligencia puso en grave conflicto á la sociedad.

De la razonada discusión descendieron al sofisma; la ciencia, si bien había fundado la prosa ática, se encontraba en un período de decadencia; era indispensable enaltecerla, elevarla y dirigirla al sublime fin á que está destinada por el Autor de todo lo creado, haciendo que la moral, el derecho y la virtud fuesen el fundamento de todos los conocimientos humanos.

Sócrates acomete con santo entusiasmo tan noble empresa, y sus doctrinas

entrañan el sentimiento de una moral sublime y persuasiva. Abre ancho campo á la psicología y á la filosofía reflexiva; pero sus discípulos separados del maestro por el sentimiento íntimo y el libre albedrío, marchan por senderos opuestos, y por ello se renueva la contienda con más calor y empuje que antes. Sócrates proclamaba la necesidad de estudiar las leyes internas, y recordando aquella profunda sentencia, esculpida en el templo de Delfos, *noscere te ipsum*, fué el primero que en sus doctrinas dió á conocer el principio de las causas finales. Sócrates, en medio de su profundo saber, fué un empírico.

Jenofonte y Simón, profundizaron los estudios morales; Antístenes, llevando la virtud á la exageración y la abstinencia al ridículo, fundó la escuela *cinica*, donde los alumnos adquirían una triste y vergonzosa celebridad por sus torpes liviandades. Aristipo entronizó los *cirenaicos*, que buscaban la felicidad suprema en los placeres, y concluyeron por conceder que lo bueno y lo sublime está en la muerte.

Tal confusión de principios, tal mezcla de ideas y conceptos, contradictorios y antagónicos en sus fines y aspiraciones, tal anarquía intelectual, engendraron un torpe *escepticismo*; y Pirro, enalteciendo la virtud, dedujo que la ciencia era inútil y falaz. Los pueblos de Megara, Elide y Eretria tuvieron también sus escuelas, que fueron dirigidas por Euclides, Fedón y Menedemo, discípulos de Sócrates.

A la escuela socrática sigue la de su discípulo predilecto, Platón; el cual, dotado de imaginación fecunda, rectitud de juicio y sólido saber, elevó la ciencia á todo su apogeo y quiso amalgamar los dos sistemas fundamentales; la filosofía racional de los jónicos y las tradiciones de la escuela itálica. Platón idealizó sus doctrinas en un grado sublime, mereciendo los aplausos de todas las edades futuras.

Distingue las facultades de saber, sentir y querer, introduciendo la división de lógica, metafísica y moral; buscó el bien supremo é inefable en parecerse á Dios, principio increado, justicia superior y eterna. Dios ha sido siempre el objeto supremo y el último fin de todas las ciencias.

El sistema de Platón resume cuanto de bello, sublime y moral se encuentra en todas las escuelas y sectas que le han precedido, y ofrece, no obstante, cierta originalidad, siendo conocido con el nombre de *escuela de los académicos*, porque los adeptos celebraban sus reuniones en los jardines de Academo. Platón, en medio del politeísmo que dominaba á los griegos, proclamó de nuevo la unidad de Dios; conoció la geometría y redujo el mundo á moléculas con la figura triangular.

Todos los sabios que en épocas posteriores han escrito acerca la filosofía de Platón, le han concedido levantado genio, profundidad de miras y luminosos



ideales, que secundaban la gran figura de Sócrates al fundar la doctrina moral del *Bien*. En sus lucubraciones buscó cuidadosamente unir la tradición hebrea, fuente de verdad y fundamento de un dogma, con los preceptos que emanaban de la razón. Ya uno de los escritores más distinguidos del Catolicismo de nuestros días, el ilustre señor de Rosmini, ha hecho notar, que en las obras del fundador de la Academia se observan fácilmente dos doctrinas; una positiva basada en la tradición, y otra racional que gravita sobre el mundo de la materia y que por oposición pudiéramos llamar negativa. Otro reputado escritor dice: «Platón seducido por la filosofía de Sócrates consiguió unir la racional con la de tradición, si así puedo expresarme.» Cuando comenzó a decaer el pueblo griego y sus escuelas filosóficas, en general, se vieron faltas de inspiración y sentimiento rebajándose hasta el nivel de miserables aduladores, cuando las espirituales concepciones de los académicos descendieron de las sublimes esferas de la idea para arrastrarse entre el lodo de la materia; la escuela de Platón sostenida todavía por el entusiasmo de muchos de sus discípulos, vió empañar su brillo y decaer rápidamente de tan elevado puesto. Sus fragmentos recogidos al través de los trastornos y acontecimientos sociales, han servido de cimiento para otros sistemas que se han dado á conocer en los tiempos modernos.

Las doctrinas del divino maestro fueron también combatidas por su discípulo Aristóteles, que paseando por el Liceo, dió nacimiento á la escuela *peripatética*, separándose de los principios proclamados en la Academia y seguidos por sus compañeros Speusippe y Jenócrates. El dialectismo comenzó á entronizarse para sujetar la razón á determinados preceptos y á un método severo de argumentación.

Aristóteles quiso reducir la dialéctica á sus justos límites, dió á la experiencia y á la observación una importancia suprema, y sentando como principio fundamental, que todo cambio supone una materia y una forma, dijo: que la ciencia de la naturaleza era la ciencia general, y que todas las ideas venían de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu.*

Y marcando un límite á la elocuencia y á la poesía, dió formas al raciocinio, para buscar lo finito, adoptando el sistema de argumentación. El fundador de la escuela peripatética desplegaba radiante el estandarte del *sensualismo*, é inauguraba un sistema filosófico, que dos mil años después sirvió para realizar una revolución sangrienta y social.

Empero es lo cierto, que si Platón había perdido los sublimes encantos, y la filosofía de las ideas levantadas y los goces de la sana moral estaban desacreditados, en cambio Aristóteles y su escuela, respetando estos goces materiales para no malquistarse con los hombres, sólo proclamaban como

fundamento de su escuela, la atenta observación y la concienzuda experiencia.

El filósofo de Estagira recomienda la *duda filosófica*, como un medio para alcanzar la verdad; pero este principio consignado en su metafísica, está bien lejos de referirse á la *duda moral*, ni mucho menos acepta la *duda* como el grado más sublime de la ciencia, según creyeron muchos escritores y filósofos



Sócrates.

de estos tiempos, especialmente los materialistas y racionalistas del siglo xviii. La duda filosófica, en el sentido más sublime y elevado, constituyó el primer dogma de la secta *pirrónica* ó *zelética* de pasadas épocas, y el punto de partida de los extravíos de Volney, de La Metrie, de Voltaire, de Raynald y de los enciclopedistas, y de otros pensadores distinguidos de los tiempos modernos. Aristóteles, por medio del análisis, supo separar los conocimientos humanos, que confundidos y amalgamados, sólo conducían á un desorden científico.



El preceptor de Alejandro el Magno, el profundo pensador, el observador constante é infatigable, Aristóteles, en fin, ha ejercido sobre la humanidad una influencia fascinadora y hasta trascendental. Sus estudios sobre la naturaleza, la vida y el mundo, han servido de faro á los hombres consagrados á la ciencia y á la especulación filosófica, iluminando todos aquellos reinos que se levantaron con las conquistas del ilustre y egregio discípulo. Aristóteles, con su genio reformador y á pesar de sus tendencias sensualistas tan marcadas, ha dominado durante repetidos siglos las escuelas cristianas de la Europa Occidental. ¿Habrá sido conveniente al Catolicismo? Nos parece que no. Y, á pesar de ello ¿qué se ha hecho hasta nuestros tiempos más que seguir en el estudio de la naturaleza las máximas y preceptos del filósofo estagirita? ¿Qué otra cosa hicieron los árabes sino comentar la escuela aristotélica, tan mal interpretada siempre, porque no conocieron el griego? Aristóteles fué el gran naturalista de la antigüedad, el metafísico, el lógico por excelencia; creyó en la generación espontánea, y en su tratado de los animales dió la preferencia al método inductivo. Fué pensador distinguido, y uno de los talentos privilegiados de Grecia; Aristóteles, por último, fué el genio más potente del mundo antiguo. El renacimiento de su escuela dió vida nueva á las ideas paganas. Jamás pudo imaginar los portentosos descubrimientos que el hombre alcanzaría, ayudado de instrumentos para la observación que él desgraciadamente no conoció.

Las doctrinas de Platón y Aristóteles están bien lejos de llevar la moral al bien absoluto. Sólo buscan la perfección del hombre y confunden la ciencia con la virtud, haciendo que la ética sea parte integrante de la política. Creencias erróneas y fatídicas, altamente desconsoladoras, que dirigen la humanidad á que sea perversa, y la obligan á que acepte sin escrúpulo la esclavitud, la tiranía y el infanticidio; creencias innobles y groseras que le hacen perder la elevada misión y la dignidad que le es propia, negandó la unidad del reino hominal, su idéntico origen, su único lenguaje primitivo y la confraternidad humana, como hijos queridos de Dios. A la verdad que la ciencia no ha podido pronunciar su última palabra, teniendo siempre que recurrir á la santa tradición hebraica, más antigua que los anales de los primeros pueblos y que los vetustos monumentos que aun se conservan de las pasadas generaciones.

Todos estos sistemas y métodos dieron aliento á nuevas sectas filosóficas, fundadas en el instinto del poder, combinado con las leyes del deber. Zenón de Chipre y Carneades ostentaron las ideas socráticas, se abandonaron á los placeres, buscando la virtud en la austeridad, ó tan sólo se ocuparon del bien individual. Aristóteles había elevado la filosofía á todo su apogeo; no sin fundado motivo se ha dicho por muchos pensadores contemporáneos, que las dos concepciones filosóficas de Platón y Aristóteles se completan. Ambos con-

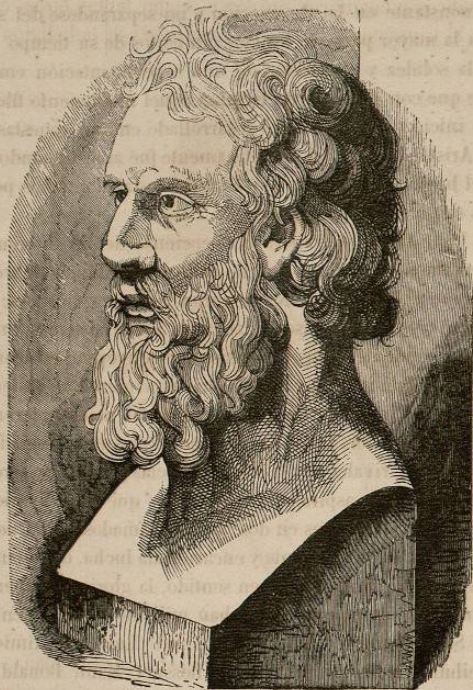
tribuyeron al conocimiento de la Ciencia, y resolvieron según sus doctrinas los problemas más importantes que corresponden al pensamiento humano, siguiendo cada uno distinto camino. El racionalismo realista inmanente con tendencia refleja de Aristóteles, unido al idealismo objetivo trascendente de Platón, forman, para el señor Tiberghien, los dos polos opuestos de la Ciencia. El uno partidario y decidido defensor de la *idea*, establece con su poderosa síntesis los principios fundamentales de las ciencias racionales; mientras que el otro, constante en la observación y no separándose del sistema analítico, estudia la mayor parte de los conocimientos de su tiempo para cimentarlos sobre la solidez y estabilidad de una experimentación empírica. Bien puede decirse que con el Estagirita termina aquel movimiento filosófico grande y fecundo iniciado por Sócrates, desarrollado en sus opuestas direcciones por Platón y Aristóteles, el cual paulatinamente fué amortiguándose y vió empañarse aquel brillo y esplendor, que admiran todavía muchos pensadores de nuestros días en su nueva propaganda.

En todos los estudios y grandes concepciones de las diferentes escuelas griegas, observamos el instinto por lo bello y lo sublime, sobresaliendo en ellas la inteligencia. Todos sus jefes tuvieron genio y aplicación; pero siguieron casi siempre un camino falso. Razonaron sobre sistemas, muchas veces imaginarios, partiendo de vanas hipótesis, que convertían en teorías verdaderas á fuer de sutileza é ingenio. Sus doctrinas vinieron á condensarse entre Platón y Aristóteles, quienes con sus preclaros talentos supieron elevarlas á un alto grado de esplendor. Doctrinas contradictorias en su esencia, antagonistas por sus principios, rivales por las consecuencias y enemigas irreconciliables por sus opuestas miras y aspiraciones; doctrinas que han dividido y dividen aún á los filósofos y pensadores en dos bandos llamados *espiritualistas* y *sensualistas*, los cuales, en su constante y encarnizada lucha, disputan en el palenque de la razón, del criterio y del buen sentido, la gloria de haber descubierto la *verdad*. En estas opuestas escuelas han militado San Clemente, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Raimundo Lulio, el exímio Dr. Suárez, Descartes, Leibnitz, Malebranche, Pascal, Bossuet, Kant, Bonald, De-Maistre, Chateaubriand, Balmes, Donoso Cortés, A. Nicolás, Rosmini..., como acérrimos sostenedores de la intuición mental; y Bacon, Locke, Hume, Condillac, Horbach, Galileo, Cuvier, Cabanis, Bonnet, Charpentier, Diderot, D'Alembert, Leroux, Bunsen, Duhring, Comte, Bernard, Littré..., como apóstoles del sistema materialista y experimental.

¿Por qué no hemos de conceder al helenismo una influencia eficaz y directa en la civilización romana y en todas aquellas que se desarrollaron bajo su imperio? En la primera época la Física y la Cosmología adquieren verdadero ca-



rácter científico, á pesar de las luchas y controversias del atomismo y del eleatismo. La Lógica y la Psicología, las Ciencias morales y políticas, en la segunda, en medio de sus errores sociales, tomaron estabilidad y firmeza; empero, cuando se quiso buscar el conocimiento científico de Dios y de las cosas divinas en sus relaciones con el hombre y el mundo, todo fué en vano y sus esfuerzos vinieron á estrellarse contra la inmoralidad y el error. Faltaba el prin-

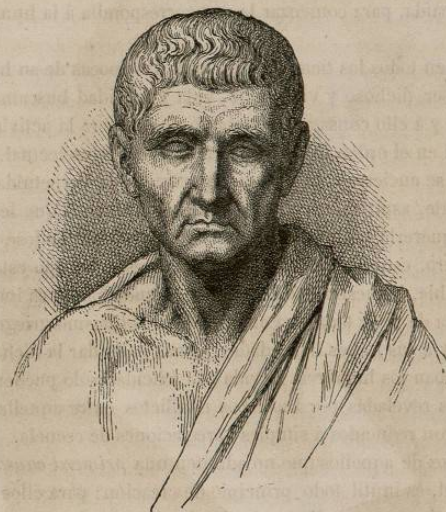


Platón.

cipio divino que Cristo trajo á la humanidad. Aquí repetimos lo que tan oportunamente ha escrito el Excmo. é Ilmo. Sr. Fr. Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en su *Historia de la Filosofía*: «Efectivamente; la antigüedad supo ante todo discurrir; carecía, no obstante, de fuerza moral para obrar; mediante lo primero, desenvuelve la Filosofía y crea las Ciencias, enseñando que éstas reciben el amparo de aquélla, y una vez recibido puede cada cual en su

esfera multiplicar luego con independencia sus juicios y observaciones; sin el auxilio de lo segundo, la civilización greco-romana, incapaz de salvarse por sí misma, busca en vano nuevo principio de vida, que para su generación presta á la humanidad el Cristianismo con la eficacia y divinidad de su doctrina.»

La lucha y la controversia siguen con igual encarnizamiento en el último cuarto del siglo XIX... ¿Cuál será el resultado?... El que ha sido siempre. Los delirios de acaloradas imaginaciones cederán bajo el peso del tiempo, y sus extravíos filosóficos y científicos quedarán, como tantos otros, consignados en la historia. El triunfo de las *verdades reveladas* y de la Religión verdadera,



Aristóteles.

será una vez más enaltecido por la humanidad y por la ciencia, hasta que el orgullo y los extravíos de la razón reproduzcan nuevas contiendas.

Es que las falsas religiones de la antigua Grecia, que muy bien pudieran calificarse de sectas, desaparecían paulatinamente con los progresos de la navegación y los adelantos de las ciencias abstractas. Las extravagancias de los hechiceros, encantadores y centauros, con otras maravillosas y diabólicas concepciones, fueron miradas con desprecio, y hasta la casta sacerdotal, que utilizaba la ignorancia del pueblo en provecho propio, fué perdiendo el prestigio para verse postergada y envilecida. La ciencia experimental, tal cual hoy se